



JULIO RODRÍGUEZ MI PATRIA ES LA GENTE

El testimonio del general
de Podemos

Mi patria es la gente

Julio Rodríguez

El testimonio del general de Podemos

Con la colaboración de Juan Fernández

ediciones península

© José Julio Rodríguez Fernández, 2018
© Juan Fernández Pérez, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
C.P.I. - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-7.531-2018
ISBN: 978-84-9942-700-3

ÍNDICE

Prólogo de Irene Montero	13
1. RAZONES PARA DAR UN PASO AL FRENTE	19
La reunión: «Julio, hemos pensado en ti como candidato para las elecciones».	19
¿Un militar con ideas políticas?	27
¿Un militar de izquierdas?	32
Sí, soy radical, porque voy a la raíz	40
Un país dormido	47
Un país que despierta	53
Estoy en Podemos por patriotismo.	60
2. SER DE PODEMOS NO ES FÁCIL	67
Mi primera respuesta fue un no	67
Te presento a Pablo Iglesias.	71
Un email al ministro Morenés y otro al entorno de Zapatero	76
Un ex-JEMAD «falto de idoneidad»	85
Nunca me ofrecí al PSOE (y otras mentiras que nadie desmintió)	91
El apestado.	97
Yo ya he ganado.	103
Tengo claro a qué he venido (y a qué no)	108

3. EL PILOTO QUE ABRIÓ LOS OJOS LEYENDO	117
El mundo aparte de los cuarteles	117
Cuando hablar era tabú	123
Mi padre, el franquismo y yo	127
Quiero volar.	132
Lo que aprendí en el aire.	137
Sospechoso por querer ir a la universidad	141
Los libros cambiaron mi vida	149
4. LA HISTORIA DE JULITO <i>EL ROJO</i>	157
Un militar con barba (y otras rarezas mías)	157
Todo atado y bien atado en aquel ejército franquista	163
La UMD no llamó a mi puerta (pero casi)	168
La vergonzante cuenta pendiente de la democracia española.	173
Año 1977: votando al PCE con uniforme militar.	178
Mi plan para boicotear el 23-F en Valencia	183
Marginado en el Ejército por defender el antimilitarismo	194
La tentación de colgar el uniforme	203
5. HOJA DE SERVICIOS	207
Un militar español en Alemania	207
Volver a volar.	215
Ascendiendo en la cúpula militar	218
Una llamada de la ministra	229
Prometer, sí; jurar, no: la foto que lo cambió todo.	235
Yo no llegué a JEMAD por mis ideas políticas (ni a pesar de ellas)	243
Regalos a cambio de contratas: la tentación de la corrupción en el Ejército	249
6. UN JEMAD MUY MEDIÁTICO.	253
Al lado de Carme Chacón	253
Yo no le llevaba el bolso a la ministra	260

ÍNDICE

Kosovo, Libia: cómo gestionar escenarios de guerra	265
Afganistán y los emails de los amigos McChrystal y Petraeus.	272
Verdades y deslealtades del caso Alakrana y la Ope- ración Atalanta	278
El JEMAD del Gobierno de Zapatero	289
Letizia y los Borbones, de cerca	295
Mi frío cese como JEMAD.	301
7. ESTO ES LO QUE PIENSO.	307
¿Un militar antimilitarista?.	307
Hablemos de paz y seguridad mejor que de defensa.	312
Otro modelo de Fuerzas Armadas es posible	320
La injusticia de la justicia militar	328
¿Qué hacemos con la OTAN?	334
Luchar contra el terrorismo con inteligencia.	339
España, Cataluña y la unidad territorial.	346
Índice onomástico	351

RAZONES PARA DAR UN PASO AL FRENTE

LA REUNIÓN: «JULIO, HEMOS PENSADO EN TI
COMO CANDIDATO PARA LAS ELECCIONES»

Los militares sabemos por experiencia que afrontar situaciones imprevistas y resolverlas con decisión, firmeza y eficacia forma parte de las atribuciones propias de nuestro oficio. En el campo de operaciones, igual que en el frente de batalla, a veces tu plan de acción, aunque viene definido por una hoja de ruta muy clara, de repente ha de enfrentarse a esa emboscada que no esperabas, esa avería que con la que no contabas, ese contratiempo que ni a ti ni a tus superiores se os había pasado por la cabeza. Y ahí hay que ser tan valientes como prudentes y tan rápidos como certeros. En cuestión de segundos has de analizar el escenario, barajar las posibles soluciones, evaluar los riesgos y, sobre todo, tomar decisiones. No vale mirar hacia otro lado ni escurrir el bulto. No puedes postergar el golpe de mano necesario ni delegar tu elección en nadie. Es hora de actuar y la responsabilidad es tuya. Salga bien o salga mal, depende únicamente de ti.

Esa eventualidad, que exige tanta frialdad en la mente como tensión en el músculo, la conocen bien todos los que vistieron o han vestido un uniforme militar. En el caso del personal del Ejército del Aire, el coraje para tomar decisiones rápidas y acertadas delante de imprevistos forma parte de nuestro día a día y es la naturaleza última de nuestra supervivencia. Cuando vas al mando de un avión reactor monoplaza, tu salvación depende de tu diligencia y capacidad de reflejos para hacer frente a ese motor que ha dejado de funcionar de repente. Tu agilidad mental y reactiva para anticiparte y dar una respuesta instantánea es decisiva para que atines a esquivar esa montaña que ha aparecido de pronto tras la masa de nubes que estabas cruzando a mil kilómetros por hora y así evitar empotrarte en ella. Y siempre es igual: estudio rápido de la situación, evaluación de riesgos, claridad en el objetivo y actuación. No hay vuelta de hoja ni marcha atrás posible.

Ese vértigo, esa asunción de la responsabilidad propia con capacidad analítica, valentía y decisión, constituye uno de los elementos que más me han atraído de mi oficio en los casi cincuenta años que he vestido el uniforme militar. Me gusta la acción. A lo largo de mi vida me he sentido bien tomando decisiones ejecutivas y definitivas en escenarios que no estaban previstos. También en aquellos en los que mi vida o la de algún subordinado mío estaba en peligro. Y en ninguno de esos momentos sentí que la mano me temblara ante el envite.

Los que han trabajado a mi lado saben que, entre mis múltiples defectos, que los tengo en abundancia, no se encuentra el de esconder la cabeza debajo del ala cuando la situación reclama una respuesta clara por mi parte. Si he tenido que cesar a un miembro de mi equipo en quien ya no confiaba, lo he hecho hoy sin esperar a mañana. Si he visto conveniente dictar una orden arriesgada que dependía única y exclusivamente de mi criterio y mi cargo, no me he escudado en responsabilidad-

des ajenas: lo he hecho y he asumido las consecuencias, fuera acertada o errónea mi elección. Y cuando he tenido que dar ese golpe de mano en un escenario imprevisto, he procurado analizar la situación con rapidez y la cabeza fría, he barajado las posibles soluciones, he evaluado los riesgos y he actuado. No soy de los que silban al aire cuando el destino me está apuntando a la cabeza, aunque esa situación no hubiera entrado en mis planes un minuto antes de ese envite.

Y no, decididamente no estaba en mis planes oír la propuesta que me hicieron en la cafetería Mür de Madrid, próxima a la plaza de España, el 19 de octubre de 2015, día en el que empezó todo. Cuando me dirigía hacia allí, lo último que imaginaba era que aquel encuentro, al que me habían conducido un par de emails, una conversación telefónica y un encuentro personal al que no había dado mayor importancia, iba a tener las consecuencias que ha tenido en mi vida.

Desde mi salida de la Jefatura del Estado Mayor para la Defensa (JEMAD), ocurrida el 30 de diciembre de 2011, mi vida se parecía a la de cualquier militar de alto rango jubilado y en la reserva. Mi actividad profesional se limitaba a atender las cómodas labores de miembro de la Asamblea de la Orden Militar de San Hermenegildo, un órgano consultivo por el que, según marca el reglamento de la carrera militar, han de pasar todos que cesan al frente del máximo cargo de las Fuerzas Armadas o de la jefatura de cualquiera de los tres ejércitos: Tierra, Mar y Aire. En la práctica, la Asamblea es una suerte de cementerio de elefantes de militares con galones ideado para que tengamos una ocupación, y también un sueldo, cuando abandonamos nuestro puesto en la cúpula de la administración castrense mientras dura el plazo en el que nuestro régimen de incompatibilidades nos incapacita para ocupar otros destinos profesionales en la vida civil. Esa prohibición, por ley, es de dos años, aunque a la Asamblea se puede pertenecer hasta un máximo de seis ejercicios. La ma-

yoría de mis predecesores no agotaron el plazo completo y, tan pronto como pudieron, renunciaron a sus plazas, la mayoría de las veces para ocupar cargos en empresas del sector militar que les aportaban mayores rendimientos económicos.

No era mi caso. Creo firmemente en las instituciones públicas y pensaba, y sigo pensando, que la experiencia profesional de aquellos que han servido al país en puestos de alta responsabilidad constituye un capital que hay que proteger y atender en beneficio de todos, igual que considero útil que los presidentes del Gobierno formen parte del Consejo de Estado cuando abandonan su cargo.

Lo cierto es que me sentía feliz y satisfecho, y también útil, con mi labor en la Asamblea y con mi implicación en el Foro Milicia y Democracia, la asociación a la que me afilié en 2012 y que pasé a presidir a partir de 2014. A este colectivo militar me unía la cercanía personal con la mayoría de sus miembros y la plena identificación ideológica en sus postulados. El Foro es un centro de debate dedicado, entre otros fines, a promover los valores democráticos en las Fuerzas Armadas y preservar la memoria de la Unión Militar Democrática (UMD), la organización clandestina que en los últimos meses del franquismo intentó, infructuosamente, acelerar la llegada de la democracia a España y, sobre todo, evitar que el Ejército fuera un instrumento para prolongar la dictadura. Como explicaré en páginas posteriores, en los días en los que este grupo estuvo activo no llegué a formar parte de él, pero compartí y comparto su ideario progresista y su profundo talante democrático. Por eso, en la etapa postrera de mi carrera profesional, ya cercano mi pase a la reserva, me parecía justo contribuir a mantener vivo el mensaje y las ideas que habían promovido aquellos militares valientes que sacrificaron su libertad y sus propias carreras profesionales por cumplir con el espíritu democrático que llevaban dentro.

Fue a través del Foro y de la Asociación Unificada de Militares Españoles (AUME) como recibí, a finales del verano de 2015, la primera comunicación de Podemos. A menudo mantenía reuniones con Mariano Casado, Jorge Bravo, Gómez Rosa, buenos amigos y miembros de las dos asociaciones, y a veces viajábamos juntos para celebrar actos del Foro. En esas conversaciones les había hecho ver, con sinceridad y sin tapujos, mis ideas acerca de la política española y del momento histórico que atravesaba nuestro país, y sabían también qué medidas consideraba más justas y razonables para solucionar los problemas de los ciudadanos. Nunca llegué a contarles que en las últimas elecciones europeas había votado a Podemos, pero creo que podían deducirlo de mis reflexiones.

Imagino que esas confesiones acabaron llegando a oídos de alguien del partido. No lo sé. Lo único que sé es que un buen día, en septiembre de 2015, recibí una inesperada llamada de Rafael Mayoral, secretario de Relaciones con la Sociedad Civil y Movimientos Sociales de Podemos. Me contó que estaban preparando su programa electoral de cara a las elecciones del 20 de diciembre y quería asesoramiento en materia militar. En concreto, quería saber cómo veía yo las Fuerzas Armadas y qué cambios creía que debían aplicarse en esta institución para adaptarla a los nuevos tiempos. Sorprendido por aquella propuesta, acepté la invitación y me comprometí a enviarle un documento que reuniera las líneas generales de mi visión sobre el Ejército español y su futuro.

Y eso hice. Actualicé varios informes que tenía escritos sobre modelos de Fuerzas Armadas y sobre cómo estas podían adaptar sus capacidades a escenarios de presupuestos ajustados, y se los envié. En esos textos le explicaba que había que aprovechar este momento de crisis para ajustar el personal humano y optimizar la operatividad del Ejército, pero que esto no se podía hacer en tres días.

Durante las siguientes semanas, Mayoral y yo nos cruzamos varios correos electrónicos, todos relacionados con el contenido de la propuesta que le había enviado, y a mediados de octubre recibí una llamada suya en la que me proponía que nos viéramos en la sede de Podemos para hablar sobre los documentos que le había hecho llegar. Quedamos en reunirnos a los pocos días, el 19 de octubre.

Cuando llegué a la sede del partido, en el número 2 de la calle Princesa, Rafa salió a recibirme y rápidamente me dijo:

—Julio, aquí hay mucha gente, vamos a tomar un café a un sitio más tranquilo aquí al lado.

Confieso que aquel secretismo me escamó. Sinceramente, pensaba que iba a acudir a un acto abierto con más colaboradores y personas cercanas al partido y que mi papel se iba a limitar a explicar de viva voz las cuatro o cinco ideas que le había adelantado por escrito. Pero Mayoral me guió hasta la cafetería Mür, situada en la acera contraria de Princesa, frente a la plaza de los Cubos, y nada más sentarnos, me soltó:

—Julio, hemos pensado en ti como candidato para las elecciones.

Con la sinceridad con que he narrado los prolegómenos que me condujeron hasta aquella cita, confieso ahora la sorpresa que me causó oír esas palabras. En ningún momento me había imaginado que Mayoral me había convocado para invitarme a formar parte de Podemos, nada menos que como candidato a diputado de las Cortes. Entre otros motivos, porque hasta el instante en que oí aquella propuesta jamás me había pasado por la cabeza la idea de participar en política de manera activa y profesional. Nadie me había insinuado nunca una oferta semejante, ni desde Podemos ni desde ningún otro partido, pero es que, además, entre mis expectativas vitales jamás había figurado en ningún momento la idea de convertirme en político aunque la política me ha interesado vivamente desde que era joven.